

**Albónico, G. (comp.). (2010). “Otra voz en la educación. El trabajo de los psicólogos en escuelas y liceos.”**

## **PRÓLOGO**

El presente libro recoge valiosos aportes de un grupo de psicólogos uruguayos que, desde su experiencia en centros educativos privados, dan cuenta de un saber en el que casi no ha incursionado la academia universitaria.

La condición de permanencia en un mismo ámbito, a diferencia de algunas experiencias de extensión universitaria, otorga un sabor añejado especial a los testimonios y reflexiones relatados.

En tales recintos -luego de una larga ausencia de nuestra disciplina- ha llegado la hora de cosechar enseñanzas y transmitir las a los más jóvenes. Se trata de ese relevo generacional propio de la institución educativa y de la cultura en su conjunto, imperativo al que no podemos sustraernos.

Los que acá escriben tal vez no gozaron de estas prebendas. En cambio, fueron abriendo caminos insospechados y generando espacios de intercambio. Hoy pueden transferir su legado, pleno de creatividad. Esta entrega debe pensarse entonces como un nuevo territorio de interlocución, pródigo en ideas, viñetas y escenarios que invitan a crear nuevos textos.

Lo diverso es una de las notas del volumen. Gabriela Albónico, en su condición de compiladora, construye una galería de entornos educativos en los que la identidad del profesional de la psicología se pone en cuestión una y otra vez.

Así, por ejemplo, la concomitancia del ejercicio cotidiano de la intervención psicológica con la investigación da cabida, una vez más, a la *investigación – acción*. La pertinencia de este dispositivo gana en legitimidad, en la medida en que se contemplan tres niveles de particular complejidad: individual, grupal y organizacional. Ilustrado en clave de educación inicial, y haciendo foco en la tercera dimensión, los autores dan cuenta de los efectos sobre la propia función y sobre la calidad educativa, cuando se reformula lo organizacional en pro de las necesidades de los alumnos.

No falta, asimismo, la referencia al diálogo entre salud y educación. Prevención de enfermedad y promoción de salud es sin duda una arista del oficio y de la especialidad que nos ocupa. Es menester reconocer que esta encrucijada identitaria, la del profesional de la salud mental en ámbitos educativos, es fuente de trabajo psíquico para quienes así se inscriben.

Pero también es posible encontrar en estas páginas muy diversas operaciones psicológicas: desde la temprana observación de lactantes y la habilitación o rescate del *gesto espontáneo* hasta novedosas intervenciones grupales (fotolenguaje y terapias narrativas).

La construcción de lo propio parece ser un designio común a ambos dispositivos. Así, la *terapia narrativa* es enunciada como proceso de re autoría de vida. Deconstrucción de la historia oficial y producción de relatos alternativos se proponen un objetivo de “externalización”, ejemplificado oportunamente en el trabajo con niños. Esta práctica psicológica es fundamentada desde el propósito de no tomar la parte (el problema) por el todo (la persona). Dicho en otras palabras, que el padecimiento no fagocite la identidad del sujeto que lo padece.

El fotolenguaje, entendido como una forma especial de mediación, propone el trabajo con series de fotos que operan como soportes de la palabra, prestándose a tramitar lo semejante y lo diferente de la palabra ajena.

A título de leit motiv que recorre y proporciona un hilván a lo diferente, los autores postulan una institución siempre atravesada por el conflicto: he aquí el centro de pre-ocupación del psicólogo, su punto de partida, su especificidad.

El malestar es convocante, en la medida que su tramitación -no su evitación- es condición de posibilidad de la misión encomendada. De lo contrario, como ha advertido R. Kaes hace ya tiempo, la *tarea primaria* (la transmisión y producción de conocimientos) corre el riesgo de ser interferida, degradada o anulada. Si esto se perpetúa en el tiempo, la institución pierde su razón de ser y la amenaza de extinción cobra sentido, acrecentándose.

Como no podía ser de otra manera, el problema de la apropiación tecnológica y de las brechas generacionales encuentra un apartado especial cuando se trabaja con jóvenes, al tiempo que se ilustran nuevos motivos y modalidades de conflicto.

Con similar prioridad temática, el consumo de alcohol en los jóvenes se presenta como punto de la agenda. Se sugiere a propósito el análisis crítico de la naturalización del consumo, de los discursos mediáticos (publicidad), de la concepción del alcohol como “lubricante social” y de la irrenunciable responsabilidad de los adultos a cargo.

El trabajo con la sexualidad, un clásico de lo educativo, ingresa a este libro de la mano de una educación pensada como escenario vincular o relacional, y en la perspectiva de la promoción de una escuela saludable. La propuesta se presenta como “pausa” que hace posible la reflexión de los más jóvenes. Promover salud sexual es entendido como la integración de aspectos afectivos, somáticos e intelectuales que posibiliten el desarrollo de la comunicación y el amor.

El trabajo en talleres, con grupos de púberes y adolescentes, recoge la insistencia de dos movimientos alternantes, que dan cuenta de la aceptación o desmentida de la diferencia.

La noción de conflicto adopta ribetes especiales cuando se la propone en términos de violencia. La pregunta es entonces clara y concisa: “*¿Qué puede hacer la escuela con la violencia y el bullying?*” Por medio de historias de aulas empiezan a vislumbrarse algunas respuestas. Se recortan pistas, a saber: creencias que anudan virilidad y agresividad, discursos que naturalizan la violencia, ejercicio de la autoridad como práctica con mala prensa, efecto protector de la autoridad, orfandad de autoridad de los jóvenes en la institución educativa. Se piensa la escuela como agente de socialización, recortándose la tarea del psicólogo -vale la pena insistir en esta idea- con vistas al rescate de la singularidad de lo educativo y sus diversas manifestaciones (no globalizando las acciones remediales, priorizando la autonomía de centro), y apostando a proyectos que tiendan a desarrollar capacidades sociales.

Resulta particularmente interesante la propuesta de la compiladora, al subrayar la necesidad de trabajar con la “desidealización de la convivencia”, cuando de silencios cómplices se trata. Procurar hacer visible el temor -incluso cuando la manifestación más evidente es una situación de ataque- parece ser un buen signo de no quedar atrapados en apariencias engañosas.

**“Cuando se le da voz al grupo silenciado por miedo a ser excluido, cuando se vuelve impopular hostigar al otro, cuando se fortalece al más débil con recursos para defenderse y se ayuda a construir un lugar diferente en el grupo al violento, al acosador, se producen profundos movimientos en la construcción grupal.”**

¿Puede decirse que los problemas de convivencia son y deben abordarse siempre como problemas de la singularidad, aun cuando de la singularidad de un grupo estemos hablando? Vale la pena visitar el texto, cuya riqueza se presta para seguir escribiendo en torno a él. Al incursionar en lo escrito, el lector podrá reparar en un posible antídoto contra la violencia a tener en cuenta: la labor del psicólogo procurando hacerle un lugar a lo emocional, construyendo canales de encuentro y acceso a los afectos.

Otro acuerdo implícito entre los autores es la necesidad de instrumentar tempranamente las actividades de prevención y promoción de salud. Si de consumo hablamos, por ejemplo, el trabajo preventivo con liceales comienza en o debe planificarse desde la educación inicial.

Las sorpresas no son ajenas a esta publicación. Con particular coraje se critica el “fundamentalismo igualitarista” -radical y a-crítico como se lo califica-, y en nombre de la Educación Especial se aborda el problema del fracaso escolar de un modo poco frecuente. El punto de partida, el fracaso escolar como problema de “no lugar”, dice de una institución educativa cuyos lazos filiatorios siguen teniendo efectos, no pudiendo renunciar al objetivo del rendimiento, de acumulación de conocimientos y de cuantificación de lo humano.

La propuesta se orienta a rescatar al niño del fracaso escolar y sus consiguientes secuelas emocionales y sociales. En tal sentido se plantea que la integración, sea parcial o total, no es necesariamente beneficiosa para todos los niños.

El punto de partida está emparentado con un postulado renovador, la *discriminación positiva*, posición que en estos tiempos ha ido ganando adeptos en el debate pedagógico. En las presentes páginas el mito de la integración, como alternativa globalizante, resulta desbaratado. Si la institución educativa no puede escapar a su vocación homogeneizante y entonces apela a soluciones de esa misma estirpe, encontramos aquí buenos argumentos y desafíos de sentido contrario.

Con intención o sin ella, los trabajos incorporados incitan a polémica. Esta nueva provocación a una lectura cuidadosa y creativa, no resigna la responsabilidad de formular las primeras preguntas desde este lugar de introducción o antesala:

- ✚ ¿Es lícito reducir lo clínico al trabajo de oficina, gabinete o consultorio, dentro o fuera de la institución educativa? Si pensamos al psicoanálisis como una de las vertientes más dominantes de la clínica, encontraremos en su fundador una respuesta bastante más promisorio: *“El uso del análisis para la terapia de las neurosis es sólo una de sus aplicaciones; quizás el futuro muestre que no es la más importante. En todo caso, no sería equitativo sacrificar a una de sus aplicaciones todas las demás...”* (Freud, 1926, p. 232) Convengamos entonces que el ámbito educativo, más propio de lo público que de lo privado, no es homologable al escenario de la intimidad de la clínica, a condición de no confundir escenarios con enfoques o herramientas teórico técnicas. La mirada clínica es para lo educativo un instrumento insustituible, pero es preciso jerarquizarlo, apelando a una formación rigurosa en dichas artes.
- ✚ Cuando se apuesta a la externalización como práctica lingüística que guía al niño a percibirse *“separado del problema”*, ¿no se acrecienta el riesgo de negación, minimización o desmentida del problema en cuestión? ¿El poder liberador que opera en algunos niños no será iatrogénico en otros?
- ✚ Encontramos en estas páginas algunas afirmaciones sobre el carácter de inmediatez, fugacidad y transitoriedad de los vínculos actuales, afirmaciones referidas al mundo de los jóvenes en especial. No son éstas las primeras ni serán las últimas, y una vez más son emitidas desde el mundo de los adultos. Estos universos paralelos, contruidos discursivamente, ¿no deberían ser motivo de consideración por parte de los jóvenes? ¿No es una práctica posible darles la palabra al respecto? ¿Cuánto de ideología o de posición gerontocrática puede haber en estas aseveraciones de aparente carácter científico?

Si esta producción humana, valiosa como propusiera en las primeras líneas de este prólogo, se ofreciera como mojón de un camino a seguir transitando, el siguiente paso podría consistir en dar cuenta de la transformación de estas fecundas afirmaciones en interrogantes puestas a trabajar.

***Profesora Alicia Kachinovsky  
Montevideo, 2010***